

Los buenos modales en los niños

Desiderio Erasmo de Rotterdam
a Enrique de Borgoña,¹
niño noble como el que más
y en el que están depositadas las más altas esperanzas,
hijo de Adolfo, príncipe de Veere,
salud.

Si al tres veces excelente Pablo de Tarso no le importó convertirse en todo para darse a todos y así a todos ser útil,² no debe pesarme lo más mínimo añíarme de vez en cuando por mor de instruir a la juventud. Del mismo modo que hace años me acomodé con la adolescencia de tu hermano Maximiliano y le enseñé latín como deben hablarlo los jóvenes,³ así, dulcísimo Enrique, me adapto ahora a tu niñez para preceptuar-te los modales de los niños. Y no porque tú carezcas mayormente de estos preceptos, pues —en primer lugar— desde la cuna has sido educado entre cortesanos y —luego— has tenido a tu lado un insigne artífice entre los educadores de la ruda edad;⁴ tampoco porque todo lo que prescribimos te sea pertinente, nacido como eres entre príncipes y para el principado. Lo hago para que los otros niños aprendan con más gozo todas estas cosas por la razón de que estén dedicadas a un niño de la más elevada alcurnia y en quien residen

las más altas esperanzas. No será mediocre escuela la que incite a los jóvenes si consiguieran estos reparar en que los hijos de los héroes se dedican desde niños a los estudios y corren con ellos y en el mismo estadio que ellos se ejercitan.

I

El cargo de preceptor de la infancia tiene muchas obligaciones, de las cuales la primera y principal es conseguir que el espíritu aún tierno se empape de las semillas de la piedad; la segunda, que ame las disciplinas liberales y las aprenda como se debe; la tercera, que se instruya para las obligaciones y asuntos de la vida; la cuarta es que desde muy joven, con los primeros rudimentos, se familiarice con las costumbres de la urbanidad. Esta última es la que ahora asumo como propia, pues de las tres anteriores otros muchos y también nosotros hemos escrito abundantemente.⁵

Es cierto que una apariencia externa decorosa nace de un ánimo bien dispuesto.⁶ No obstante, vemos a veces que por incuria de los preceptores sucede que hayamos de desear este don⁷ en hombres probos y eruditos.

No niego que esta es la parte más humilde⁸ de la Filosofía, pero —así son hoy los juicios de los mortales— conduce abundantemente tanto a granjearse la

benevolencia de la mayoría cuanto a encomendar a los ojos de los hombres las preclaras dotes del espíritu.

Es conveniente, pues, que en el hombre guarde armonía el espíritu, el cuerpo, el comportamiento y la apariencia; pero a los niños conviene ante todo la medida,⁹ y más que a otros a los nobles. Y por nobles han de ser tenidos todos aquellos que encaminan su espíritu hacia los estudios liberales.¹⁰ Pintan otros en sus escudos leones, águilas, toros y leopardos, más tienen de nobleza verdadera quienes por enseñas pueden pintar tantas como artes liberales hubieran aprendido con bien.

II

El aspecto exterior

Así pues, para que el ánimo del niño resplandezca por doquier en su justa proporción (y donde más reluciente se muestra es en el rostro) sean los ojos apacibles,¹¹ vergonzosos, mesurados; no torvos, que demuestran truculencia, no indecorosos, que demuestran impudicia; no vagantes ni inconstantes, que demuestran insania; no oblicuos, que es de suspicaces y de tramadores de insidias; no abiertos en demasía como los bobos; ni que a cada paso se encuentren los párpados con las mejillas y los oculten, que es de traidores; ni estupefactos que es de atónitos —cosa que se censuró en Sócrates—; ni demasiado penetrantes,

que es señal de iracundia; no transparentes y locuaces, que señal es de impudicia; sino que transmitan un espíritu sosegado y reverentemente amigo.

No en balde dijeron los antiguos sabios que el alma tiene casa en los ojos.¹²

Viejas pinturas, no obstante, nos dicen que en tiempos fue tenido por singular compostura mirar con los ojos entrecerrados, así como entre hispanos parece ser de cariñosos y amigos guiñar los ojos.¹³ Asimismo, aprendemos de las pinturas que antaño era signo de probidad tener los labios juntos y apretados.

Pero lo que es de por sí hermoso todos lo tendrán por hermoso; aunque también en esto convenga hacernos a veces pulpos y acomodarnos a las costumbres de donde estuviéramos.¹⁴

En fin, que hay algunas condiciones de los ojos —a los que Natura concede unas condiciones diferentes en unos que en otros— que no entran en nuestros preceptos; salvo que los gestos descompuestos no raramente vician la condición y aspecto no solo de los ojos, sino también de todo el cuerpo. Al contrario, aquello que es hermoso por naturaleza, los ademanes bien dispuestos más hermoso lo vuelven; aquello que es defectuoso, si no lo anulan, sin duda lo esconden y menguan.

Indecoroso es mirar a alguien guiñando un ojo, pues ¿qué supone sino entortarse a sí mismo? Dejemos este gesto a los atunes y a los herreros.¹⁵

III

No tengas el ceño fruncido,¹⁶ que es de torvos; tampoco enarques las cejas, que es de arrogantes; no las acerques a los ojos, que es de quienes tienen malas intenciones.

IV

La frente esté alegre y despejada, que haberla así denota alegría y muestra tener la mente en paz con la conciencia y asimismo nobleza de ánimo. No la arrugues, que hace de viejo; no la tengas inquieta como los erizos, tampoco torva como los toros.

V

La nariz esté libre de la purulencia de los mocos, que es de sucios. Este defecto se le achacó a Sócrates el filósofo como reprobable.¹⁷ Limpiarse los mocos con el gorro o con la ropa lo hace el rústico, con la manga o el codo el pescadero;¹⁸ no es mucho más urbano hacerlo con la mano y luego pringarte la ropa con el moco. Sonarse con un pañuelo es elegante, y hacerlo escondiendo un poco el cuerpo si estás con gente de más rango. Si te has sonado con dos dedos y algo ha caído al suelo, refriégalo al punto con los pies.

Indecoroso es resoplar pesadamente por la nariz, e indicio de ser bilioso; más torpe es respirar pesadamente,¹⁹ que lo es de furiosos si se hace sin razón,

aunque ha de darse venia a quien sufre de resuello, a los asmáticos.

Es ridículo hablar por la nariz, como los trompeteros y los elefantes; arrugarla es de mofadores y burlones.

Si estornudas cuando estás en compañía, es urbano girarse y, apenas remitido el ímpetu, hacerse la señal de la cruz en la boca. Luego, quitado el gorro, agradecer el «salud» a los que lo pronunciaron y a los que quizá lo dijeron (pues el estornudo, como el bostezo, limita por un momento el sentido del oído), y pedir perdón o dar las gracias.

Decir «salud» a otro cuando estornuda es obligado, y si están presentes gentes de más edad que digan «salud» a un hombre o una mujer honorable, corresponde al niño descubrirse.

Del mismo modo, alzar la voz adrede o repetir intencionadamente el estornudo (es de imaginar que para presumir de fuerzas) es de mentecatos. Reprimir el sonido que Natura envía es de estúpidos, que conceden más valor a la urbanidad que a la salud.

VI

Las mejillas tiña el pudor natural y bien nacido, no tinte ni color fingido. Pero también aquel pudor se ha de atemperar para que no dé en maldad ni traiga falsa vergüenza,²⁰ recelo o timidez o, como dice el

proverbio, «el cuarto grado de la insania».²¹ Tienen algunos esta pasión tan fuertemente arraigada como para hacerle a uno parecer loco. Se atempera este defecto si el niño suele vivir entre mayores y tiene costumbre de interpretar comedias.

Hinchar los carrillos es de fanfarrones, dejarlos flácidos de quien muda el pensamiento; aquel es como Trasón,²² este como Judas el traidor.

VII

No cierres la boca con fuerza, como hacen quienes temen inhalar el aliento de otros, ni la tengas abierta como los simples, sino armoniosa como si se besaran suavemente entre sí los labios.

Poco decoroso es también caminar chasqueando los labios, aunque a los magnates adultos, cuando paseen entre la turba, les esté permitido: a ellos todo les queda bien,²³ pero nosotros estamos educando a niños.

VIII

Si por caso urgiera bostezar y uno no pudiera ni darse la vuelta ni apartarse, esconda con un pañuelo la boca, y al punto haga sobre ella la señal de la cruz.

Reír todos los dichos y hechos es de necios; no reír ninguno, de obtusos. Reír las gracias y gestos obscenos es malicia.

La carcajada y la risa desmesurada que agita todo el cuerpo, a la que los griegos por algo llaman *synkróusion* o «reír aplaudiendo», no es decorosa a ninguna edad, menos aún en la niñez.²⁴ Falta de decoro es también reír como quien relincha, e indecorosa es la risa que estira todo lo que dan de sí los labios, encoge los carrillos y muestra todos los dientes, y que es risa canina, a la que se llama sardónica.

El rostro exprese la risa de manera que no afee el gesto de la boca ni arguya un espíritu disoluto.

De necios son las expresiones «me parto de risa, de risa estallo, me muero de risa».²⁵ Si se presentara algo hilarante y te hiciera reír, aunque no quieras, tápate la cara con la mano o con la servilleta.²⁶

Reírse solo o sin razón aparente se atribuye a estulticia o a insania. Si por cualquier motivo te acudiera la risa, las buenas maneras aconsejan confesar a los otros las causas. Si crees que no debe ser comunicado, invéntate algo a propósito, no haya alguien que sospeche que te ríes de él.

Morderse con los dientes superiores el labio inferior es de rústicos, pues es gesto amenazante, del mismo modo que morder con los inferiores el superior.

Item más, lamer de continuo los labios con la lengua alrededor de la boca te hará parecer estúpido. Estar con los labios protuberantes y como dispuestos para un beso entre alemanes se tuvo antaño por

blando,²⁷ según se ve en sus pinturas. Hacer burla con la lengua es bufonesco.

Date la vuelta para escupir, no vayas a salpicar o manchar a alguien. Si ha caído al suelo una flema, con el pie —como ya dije— restriégala, no vaya a darle náuseas a alguno; si no es posible, recoge el esputo con un pañuelo.²⁸

Sorber la saliva es rústico y, del mismo modo, lo es eso que vemos que hacen algunos no por necesidad sino por mal hábito: escupir cada tres palabras.

Hay quien, indecorosamente, tose de cuando en cuando mientras habla, y no por necesidad sino por vicio: hacerlo es de mentirosos pues, a medida que hablan, inventan lo que van a decir. Otros, con menos decoro aún, eructan cada tres palabras, lo que —si se convierte en costumbre en la tierna edad— permanece cuando se es más mayor; lo mismo se dice del carraspeo, y Clitifón, el de Terencio,²⁹ es censurado por su siervo de tales vicios.

Si la tos aprieta, cuida no toserle a alguien en la cara; y la ineptia te libre de toser más fuerte de lo que Natura pida. Si has de vomitar, aléjate, pues vomitar no es rudeza, pero inducir el vómito por glotonería es grosero.

IX

Procura lavarte los dientes, pero blanquearlos con polvos es de chicas; restregarlos con sal o alumbre,

pernicioso para las encías; hacer lo propio con la orina, de iberos.³⁰

Si ha quedado algo incrustado entre los dientes, no con el cuchillo, no con las uñas, como hacen los perros y los gatos, no con la servilleta debes limpiarlo,³¹ sino con un palillo de lentisco,³² la caña de una pluma o los huesecillos de los muslos de gallos o gallinas.

Enjuagarse la boca con agua limpia por las mañanas es urbano y saludable;³³ hacerlo de continuo, inútil.

Del uso de la lengua hablaremos en su lugar.³⁴

X

Rústico es llevar la cabeza despeinada. Esté presente la limpieza, no el pulimento, propio de señoritas.

Estén ausentes las suciedades que son piojos y gusanos. Rascarse la cabeza con frenesí ante otros es poco elegante, así como sucio es rascarse el cuerpo con las uñas, más si se hace por costumbre y no por necesidad.

El cabello no nuble la frente ni revolotee por los hombros. Sacudir la cabeza cada dos por tres y esparcir la pelambreira lo hacen los caballos juguetones. Recogerse el pelo en un moño echado sobre la coronilla es poco elegante, hacerle raya en medio con la mano es más recatado.